

Resumen

El presente trabajo señala cómo desde los albores del psicoanálisis existe una articulación entre el posicionamiento psicoanalítico, la importancia del análisis personal del analista, el encuadre y el proceso de institucionalización. Las reflexiones acerca del encuadre han estado habitualmente vinculadas a su problematización, ya sea en relación a los sufrimientos no neuróticos, como a la ampliación de los campos de abordaje del psicoanálisis y a la incidencia de los cambios históricos y sociales.

Se realiza aquí un recorrido metapsicológico acerca de las diferentes concepciones del encuadre. Además, se cuestiona la noción de *encuadre interno* y se establece una interlocución entre el concepto del *Otro-yo-otro* y los aportes de José Bleger, Enrique Pichon-Rivière, Heinrich Racker y Madeleine y Willy Baranger, para postular una dimensión institucional del encuadre. Se trata de la institución en el encuadre presente tanto en la formación de los psicoanalistas como en la praxis ulterior.

Palabras clave: encuadre, institución, metapsicología, otro.

Institutions in a psychoanalytical frame

Abstract

The present work points out how since the dawn of psychoanalysis there has been an articulation between psychoanalytic positioning, the importance of the analyst's personal analysis, the frame and the institutionalization process. Reflections on the frame have usually been linked to its problematization, either in relation to non-neurotic suffering, or to the expansion of the fields of approach of psychoanalysis and the incidence of historical and social changes.

A metapsychological journey is made about the different conceptions of framing. Also, the notion of the internal frame is questioned and an interlocution is established between the concept of the Other-self-other and the contributions of José Bleger, Enrique Pichon-Rivière, Heinrich Racker and Madeleine and Willy Baranger to postulate an institutional dimension of the frame. This journey is about the institution in the frame present both in the training of psychoanalysts and in their subsequent praxis.

Keywords: framing, institution, metapsychology, other.

El encuadre es entonces una institución.

José Bleger (1967, p. 238)

INTRODUCCIÓN

Este nuevo número de la revista *Equinoccio* nos ha convocado a reflexionar sobre el encuadre psicoanalítico con motivo de celebrar el cuadragésimo aniversario del proceso institucional que llevó a fundar AUDEPP.¹

Fue José Bleger (1969) quien formuló el concepto de *praxis psicoanalítica* para dar cuenta de la indisoluble unión en el psicoanálisis entre la teoría, la práctica y «la organización institucional del psicoanálisis y de los psicoanalistas» (p. 287). Me interesa subrayar este concepto ya que nos estaría indicando la importancia de concebir —junto al trípode del análisis personal, el trabajo en seminarios y las supervisiones— lo institucional al modo de una cuarta dimensión, presente tanto en la formación como en la praxis ulterior. Esta dimensión institucional, tan presente en la formación psicoanalítica, opera siempre en nuestra práctica, así como en nuestras filiaciones teóricas.

En los albores del psicoanálisis ya Sigmund Freud —en cuya obra el término *encuadre* no aparece— realizó varias referencias y alusiones al concepto. Estableció las reglas técnicas que rigen nuestra práctica en

1 En noviembre de 2020, la Comisión de Publicaciones de AUDEPP le solicitó a la Comisión Directiva de APU un trabajo en nombre de esta asociación para integrar la publicación del presente número de *Equinoccio*, coincidente con el cuadragésimo aniversario de AUDEPP. El propósito no era, ni podía serlo, que se estableciera una voz oficial sobre el tema, sino generar una ocasión más de apertura e intercambio en el campo del psicoanálisis. Se me propuso que lo hiciera y me sumara con este trabajo a la *polifonía de voces* necesaria para poder repensar el encuadre psicoanalítico.

el contexto de la creación de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Esta se crea en 1910 y es en su discurso inaugural que Freud menciona por primera vez la contratransferencia al referirse a los puntos ciegos del analista, con lo cual indicaba el camino que lo llevaría a señalar el imprescindible análisis personal del analista. A efectos de evitar una contratransferencia, entendida entonces como obstáculo, a esta exigencia le siguieron los escritos técnicos elaborados entre 1910 y 1915, en el marco de la Primera Tópica, de los *Consejos al médico*, que establecían prescripciones y proscipciones en nuestros procederes (Freud, 1982a).

Se puede observar cómo se esboza ya en aquellos comienzos una antigua articulación entre el posicionamiento analítico, la importancia del trabajo analítico personal del analista, el encuadre y el proceso de institucionalización. En lo que sigue intentaré abordar los alcances y las implicancias de la afirmación del epígrafe: «el encuadre es entonces una institución» (Bleger, 1967, p. 238).

Estas ideas continúan una reflexión que hicimos con algunos colegas con motivo de dar cuenta de las producciones psicoanalíticas que se habían publicado en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* desde 1956 a 2010 en relación al encuadre. En aquel momento eran 170 las referencias. Hoy son más de 250 (Schroeder et al., 2011).

Recorriendo esos trabajos surge la hipótesis de que dichas producciones están vinculadas habitualmente a problematizaciones del encuadre. A las dificultades en el inicio de la praxis psicoanalítica en aquel contexto y al proceso de institucionalización le siguieron los cambios en el encuadre en el trabajo con niños. Al respecto se destacan los desarrollos inspirados en los aportes de Melanie Klein con la inclusión de la técnica de juego en el psicoanálisis con niños. Además, la praxis se amplió al trabajo con las psicosis, con grupos y en (y con) organizaciones.

La referencia ulterior al encuadre interno aparece en relación tanto al abordaje de los sufrimientos no neuróticos, como a las variaciones por la

incidencia de los cambios sociohistóricos, en general, y las crisis políticas y económicas, en particular. En un trabajo anterior propuse que concebir una dimensión institucional asociada al encuadre nos lleva a pensar lo que en el encuadre *interno* es externo, la medida en que lo *interno* hace obstáculo (Schroeder, 2010).

METAPSIKOLOGÍA Y ENCUADRE

Nuestros diversos modos de concebir el inconsciente suponen también variaciones en cuanto a cómo pensamos nuestros encuadres. En el proceso de invención del método psicoanalítico y, por lo tanto, en la construcción del lugar del analista es posible advertir la influencia de la primera tópica freudiana. Ejemplo de ello lo constituyen las teorizaciones del encuadre que siguen el modelo del sueño, dada la restricción perceptiva y motriz, la posición del analizante reclinado en el diván, la invisibilidad del analista, y promueven el encauzamiento de la energía psíquica hacia la representación.

En la serie de recomendaciones establecidas por Freud en aquellos escritos se destaca la indicación metodológica de la *regla fundamental* de libre asociación, aspectos técnicos en relación a la frecuencia, honorarios, etc., y consideraciones vinculadas con el lugar del analista, la importancia de la atención flotante en la escucha, la imprescindible abstinencia y reserva en su posicionamiento analítico como forma de promover la emergencia de la transferencia y el trabajo con lo inconsciente.

No caben dudas acerca de la necesidad técnica del encuadre y sus variaciones en relación al abordaje de diferentes patologías, y se vuelve preciso diferenciar las reglas del método y los pilares básicos constituidos por la asociación libre, la atención flotante, la abstinencia y el trabajo con (y la interpretación de) la transferencia, de los elementos que hacen a una teoría de la técnica, como ha señalado Abel Fernández (2010).

Una de las primeras metáforas —se trata siempre de metáforas a efectos de dar cuenta de lo inefable— que revela el lugar del analista está dada por la referencia al cirujano (Freud, 1982a) y al encuadre concebido al modo del block quirúrgico y con la asepsia que lo caracteriza. Una de las hipótesis de este trabajo es que este ideal de asepsia persiste, parcialmente, en cierta praxis contemporánea.

Se considera que el encuadre, al modo de un gran artificio, está al servicio de permitir el juego analítico y que promueve el trabajo representativo a través de la circulación de la palabra. Dicho artificio se funda en la prohibición del incesto, como límite vehiculizado en la *regla fundamental*. El «diga todo lo que se le ocurra» inaugura así el peculiar diálogo analítico, donde todo está permitido en la palabra, pero no en el acto. Esto tiene que ver con el carácter simbólico del encuadre en la medida en que dicha regla instituye el espacio analítico con el encuadre a modo de tercero, tanto para el analizante como para el analista.

Se trata de construir una experiencia analítica basada en la posibilidad de un analizante asociando libremente y un analista en atención flotante, apoyado en la abstinencia. Dos sujetos hechos de la misma estofa, como señaló Jacques Lacan (1960-1961), pero uno de ellos con la experiencia acerca de su propio inconsciente, asimetría que hace a la disparidad subjetiva de cada experiencia analítica.

No me guía una concepción restringida de la metapsicología entendida únicamente en relación a lo tópico, lo dinámico y lo económico. Suscribo una metapsicología ampliada tomando como referencia los *Grundbegriffe*, como Freud (1982b) los llamó en su introducción a *Las pulsiones y sus destinos*: inconsciente, pulsión, sexualidad infantil, transferencia, represión. Estos son los principios generales, conceptos fundamentales en los que nos apoyamos para llamar *psicoanalítica* a nuestra práctica.

A esta batería inicial agregamos en nuestra caja de herramientas conceptos postfreudianos como la identificación proyectiva kleiniana, la

transicionalidad winnicottiana y los tres registros postulados por Lacan, entre otros, y construimos zonas de interlocución entre estos distintos marcos teóricos, como lo hizo entre nosotros Myrta Casas.

Winnicott (2014) introdujo modificaciones con su propuesta de *setting* para el abordaje de los sufrimientos que exceden el campo neurótico, analizantes en los que el yo no está suficientemente constituido, en los que la regresión se complejiza y surgen dificultades para el libre asociar en el trabajo en análisis. Con su creación de la transicionalidad, Winnicott (1971) redefine la relación entre lo externo y lo interno. Poder pensar al encuadre con un carácter transicional, entre la realidad social y la psíquica, nos permite ubicar en la transferencia a la madre medio-ambiente y a la actitud profesional del analista. Esta actitud profesional es imprescindible en nuestro método a efectos de desanudar las capturas imaginarias en la experiencia psicoanalítica. En el caso de las neurosis, el marco permanece como fondo y permite que la comunicación simbólica se desarrolle.

Por otra parte, en nuestro acervo conceptual del psicoanálisis del Río de la Plata disponemos de aportes de Enrique Pichon-Rivière, José Bleger, Heinrich Racker y Willy y Madeleine Baranger, que se han vuelto clásicos para pensar el encuadre.

El concepto de *encuadre* en la obra de Bleger (1967) está metapsicológicamente ligado a una concepción kleiniana y bioniana. Es en el encuadre donde se deposita la parte psicótica de la personalidad. La idea de encuadre como el no-proceso, como lo no variable, lo constante, constituyó un aporte singular. Bleger (1967) toma como referencia la situación analítica entendida como compuesta por el proceso y el encuadre, que es el no-proceso. El encuadre corresponde a las constantes, mientras que las variables hacen al proceso.

Bleger (1967) propone un encuadre compuesto por «el rol del analista, el conjunto de factores espaciales (ambiente), temporales y parte de la técnica (en la que se incluye el establecimiento y mantenimiento

de horarios, honorarios, interrupciones regladas, etc.)» (p. 237) y aborda qué es lo que se juega en «el mantenimiento idealmente normal de un encuadre» (p. 238).

Siguiendo su propuesta, con este contrato el analista habilita la eventual emergencia de la significación del encuadre por el analizante. El no-proceso es la condición que permite que haya proceso analítico. Observemos la vecindad de esta idea con el pensamiento de los Baranger, al punto de que junto a Jorge Mom, escribieron un texto referido al proceso y al no-proceso en la experiencia psicoanalítica (Baranger et al., 2002). Pero advirtamos la diferencia: mientras que para Bleger el no-proceso es condición del proceso analítico, para los Baranger y Mom el no-proceso aparece como resistencias, constituye un estancamiento del proceso, es el obstáculo a superar, un baluarte a deshacer.

La postulación de un no-proceso en el sentido propuesto por Bleger (1967), de un encuadre que no cambia a menos que emerja la significación del encuadre por el analizante, ha hecho difícil visualizar particularmente aquello que se juega del lado del analista, su *implicación subjetiva* en la transferencia al decir de Lacan (1961).

Un sentido del no-proceso tiene que ver con la necesidad de hacer constantes ciertas variables entre las que, sin lugar a dudas, se encuentran las variables espaciotemporales. Estas, lejos de ser una prerrogativa exclusiva del encuadre analítico, hacen a la condición de cualquier contrato, incluido el psicoanalítico. El no-proceso como punto de apoyo para *mover el mundo* (parafraseando a Arquímedes) de los procesos analíticos... ¿cambia? ¿Hay factores *extraclínicos* que se juegan allí, a modo de contextos que se hacen textos?² ¿Es como señaló R. Horacio Etchegoyen (1997) en el sentido de que el encuadre cambia lentamente y debido a

2 Liberman acuñó el concepto de *metaencuadre* en 1970 para señalar la influencia del entorno social en el encuadre (Etchegoyen, 1997).

ambiguas normas generales? Este ideal de estabilidad ha constituido un obstáculo puesto que entiende al encuadre como invariante, cuando en realidad cambia. Opera en nosotros, a modo de un prejuicio, la asepsia del block quirúrgico, como si no se contaminara de los virus exteriores...

Es clásica la distinción entre un encuadre externo y uno interno (De Urtubey, 1999; Donnet, 1999), pero existe una insuficiente distinción fáctica entre el encuadre y el contrato. Mientras que este tiene que ver con los elementos formales y materiales —es el *encuadre externo*—, aquel sería el verdadero encuadre —el *presuntamente interno*—, que, aunque en rigor venga de la propia experiencia psicoanalítica personal del analista, hecha con otro, viene *de afuera* y viene *de antes*. Esta experiencia permite generar la disposición a analizar y es necesaria para que se pueda producir un encuentro con un analizante.

Una de las primeras referencias al encuadre interno surge en el contexto del tratamiento de personas que desbordan el campo de la neurosis. De acuerdo a Green, en su diálogo con Urribarri (2008), cuando se dificulta el libre asociar del analizante, cuando deja de haber un encuadre compartido, el polo analítico se corre hacia el lugar del analista y exige un trabajo suplementario de elaboración, construcción y simbolización del lado del analista. El trabajo analítico se desplaza hacia el analista, quien se apoya en su encuadre interno, en su propio trabajo psíquico, a efectos de la prosecución del trabajo en análisis. Esto es posible porque el analista se ha analizado, tiene su propia experiencia con lo inconsciente y le es posible descentrarse para su posicionamiento analítico.

La segunda referencia al encuadre interno aparece como punto de partida de lo que se dio en llamar el «desmantelamiento del rigor del encuadre psicoanalítico tradicional» (Alizade, 2002, p. 13). Dicho desmantelamiento aparece ligado a las crisis socioeconómicas que han afectado nuestra praxis en general y nuestros encuadres en particular. Serían cambios en el no-proceso, los procesos en los no-procesos. El cambio más

evidente ha sido el de la disminución de la frecuencia, lo que ha motivado y motiva profundas controversias.

Sin negar la existencia de un trabajo psíquico imprescindible que ocurre *en* el analista y que, por lo tanto, descriptivamente es interno, considero que lo interno hace obstáculo. Es como si en el llamado *encuadre interno* tuviéramos una versión remozada de aquel ideal del cirujano; la asepsia del block quirúrgico, ahora *confinada* en el analista. ¿Con la propuesta de encuadre interno levantamos nuevos muros, ahora más estrechos que aquellos del block quirúrgico? ¿Hubo alguna vez muros o más bien siempre hay mundos superpuestos (Puget y Wenders, 1982)?³

Green, quien *institucionalizó* la noción de encuadre interno, matiza su postura al indicar la otredad en juego en el encuadre (Urribarri, 2008). El hecho de que el encuadre interno se defina en relación al análisis personal del analista hace a la figura del tercero, al lugar de lo simbólico, al Otro jugando en el campo y en el encuadre. Interesa pensar lo que del encuadre interno no es interno o, mejor dicho, en qué sentido importa establecer las alteridades presentes en el encuadre.

ALTERIDADES Y ENCUADRE: EL OTRO-YO-OTRO⁴ EN EL ENCUADRE

La importancia del lugar del otro que Lacan rescata de la obra de Freud ha marcado un punto de inflexión en la praxis psicoanalítica. Se trata del

3 En un trabajo colectivo de 1968 realizado por Laura Achard, Alberto Pereda, Myrta Casas, Carlos Pla, Marcelo Viñar y Maren Ulriksen, a partir de la conmoción social y política producida en nuestro país a fines de los sesenta, ya aparecía la pregunta por el *objeto común* que es el país y la sociedad en la que viven analizante y analista, lo cual amplió el campo analítico más allá de las paredes del consultorio (Achard et al., 1968).

4 Este es el título de la última *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, de APU, de setiembre de 2020.

Otro en su condición simbólica, así como las diferentes configuraciones imaginarias del otro. Proponer la noción de *Otro-yo-otro* apunta a ensayar la articulación de ambos registros desde los comienzos de los procesos de subjetivación, partiendo de la falta originaria que nos constituye como sujetos y de cómo esto inconsciente surge en el trabajo psicoanalítico.

Como sostiene Freud (1992b) en *Psicología de las masas y análisis del yo* y consta en la relectura que de esta obra hiciera Pichon-Rivière (1971), postulamos que en la atención «parejamente» flotante de nuestra escucha psicoanalítica «el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo» (Freud, 1992b, p. 67) todos los encuadres son, al mismo tiempo y desde un principio, sociales.

Los desafíos que supone esta afirmación son mayores. Se trata de articular aportes en relación a las figuras del Otro y los otros con nuestras conceptualizaciones teórico-clínicas. En nuestro medio ha sido Marcelo Viñar (2002, 2020) quien ha insistido en la importancia de la determinación social en la psiquis. En esta misma dirección ha reflexionado también Casas (2002) al concebir un inconsciente que cambia, que no es fijo, sino que responde a los cambios sociohistóricos.

Ahora bien, ¿cómo son las mediaciones que se juegan entre las condiciones sociohistóricas y nuestra escucha psicoanalítica? ¿Cómo influyen estas condiciones sociohistóricas en los encuadres con los que trabajamos?

Coincido con Viñar (2020) cuando sostiene que las concepciones desarrolladas por Pichon-Rivière, Bleger, Racker y los Baranger apuntaban a un horizonte distinto al de la proclamada asepsia en el trabajo psicoanalítico. También cuando señala que las perspectivas diversas de los aportes del campo bipersonal, la transicionalidad winnicottiana y la banda de Moebius planteada por Lacan constituyen «un enfoque que destrona el psiquismo cerrado de un mundo interno» (Viñar, 2020, p. 73).

Junto a una concepción kleiniana y bioniana coexisten en la obra de Bleger (1967) teorizaciones que rescatan la dimensión social en lo singular y que nos ayudan a pensar el lugar del Otro-yo-otro en la estructuración psíquica y en la experiencia psicoanalítica. Tanto Bleger como los Baranger fueron discípulos de Pichon-Rivière. El conjunto de sus aportes nos permite concebir que la cuestión no reside en cómo un sujeto se socializa, sino en cómo, partiendo de una matriz social, alguien adviene como sujeto. Es un movimiento de lo plural a lo singular, aunque fenomenológicamente sea posible observar vaivenes entre lo plural y lo singular.

Esta concepción de la estructuración psíquica se juega también en el campo psicoanalítico. Los Baranger (1961-1962), gracias a sus experiencias en el trabajo con grupos, pudieron postular una fantasía inconsciente que emerge como creación del campo y se enraíza en el inconsciente del analizante y del analista; tomaron para esta articulación teórico-clínica aportes de Bion y Pichon-Rivière. Con la postulación del baluarte, los Baranger marcaron un punto de inflexión en el pensamiento psicoanalítico al señalar la implicación del analista en la neoformación constituida en torno a un montaje fantasmático defensivo compartido.

Por su parte, retomando ideas de Pichon-Rivière, Bleger (1967) distinguió ámbitos y modelos conceptuales referidos a lo singular, lo grupal, lo institucional y lo comunitario, y afirmó que estos modelos conceptuales y ámbitos de abordaje no son excluyentes entre sí, lo que nos permite incluir una dimensión grupal e institucional en cada sujeto. Desde mi perspectiva, estas ideas de Bleger (1967) dialogan con la propuesta del Otro-yo-otro en los procesos de advenir como sujetos.

Si con Pichon-Rivière tenemos en nuestro acervo conceptual los fundamentos de la dimensión grupal en los procesos de subjetivación, fue Bleger quien apuntó a la dimensión institucional presente en un sujeto singular, en los grupos y en las organizaciones. Esa dimensión institucional forma parte del encuadre y, a mi juicio, no ha sido suficientemente

explorada (Schroeder, 2010). Supone la articulación de la contratransferencia y el encuadre con la noción de implicación —que siempre es institucional— en el posicionamiento analítico.

LA DIMENSIÓN INSTITUCIONAL DEL ENCUADRE

Señala Bleger (1967) que

Una relación que se prolonga durante años con el mantenimiento de un conjunto de normas y actitudes no es otra cosa que la definición misma de una institución. El encuadre es entonces una institución dentro de cuyo marco, o en cuyo seno, suceden fenómenos que llamamos comportamientos. Lo que me resultó evidente *es que cada institución es una parte de la personalidad* del individuo. Y de tal importancia, que siempre la identidad —total o parcialmente— es grupal o institucional, en el sentido de que siempre, por lo menos una parte de la identidad se configura con la pertenencia a un grupo, una institución, una ideología, un partido, etc. (p. 238)⁵

En esta larga cita es posible advertir por qué para Bleger el encuadre es una institución. Pero se impone dar un paso más allá de este autor y diferenciar los conceptos de *organización* y de *institución*. Ciertamente es un lugar común referirnos a la institución cuando en realidad se trata de la organización. Siguiendo a Leonardo Schvarstein (1991), es posible distinguir la institución en su carácter abstracto y en su condición de valores, normas, prescripciones y proscripciones en cuanto a lo que se debe y no se debe hacer; es lo instituido que hace a lo que está establecido, el conjunto de normas y valores dominantes con pretensión de verdad.

5 Las cursivas son mías.

Lo instituyente constituye la fuerza que emerge como negación de lo que está instituido.

Por otra parte, las organizaciones son el sustento material que encarnan y vehiculizan los instituidos. Las organizaciones, las asociaciones, hacen de mediadoras entre los sujetos, los grupos y las instituciones (Schvarstein, 1991).

Para Michel Neyraut (1976), quien postula que la implicación forma parte del contexto sobre el que se recortará la transferencia, existe un pensamiento psicoanalítico que precede a lo que se va a desplegar en el campo transferencial singular. Este pensamiento tiene que ver con prescripciones que, a modo de atravesamientos, limitan, ordenan, condenan, toleran y reglamentan el proceso de la formación de los analistas y que, por lo tanto, influyen en el posicionamiento analítico (Neyraut, 1976).

Ya Racker (1955) advertía este fenómeno al postular una contratransferencia indirecta cuando lo que se moviliza en el analista no proviene del analizante, sino de otras relaciones de objeto del analista en el marco de los dispositivos institucionales, incluidos los seminarios, las supervisiones curriculares, los familiares de un paciente, las sociedades analíticas y, en última instancia, la sociedad toda. Esta contratransferencia indirecta agudamente señalada por Racker (1955) permite conceptualizar una dimensión institucional de la contratransferencia, que en un trabajo anterior propuse que se entendiera como *implicación* (Schroeder, 2006).

La implicación incluye, además de lo que se juega en el campo transferencial en sentido estricto —lo que se ha denominado *contratransferencia* o *deseo del analista*—, esta dimensión institucional que tiene un carácter implícito, que opera a modo de atravesamientos en los que están en permanente tensión lo instituido y lo instituyente (Schroeder, 2015). Se trata de los atravesamientos que se vehiculizan, se transmiten en nuestras asociaciones psicoanalíticas, en la forma de prescripciones y proscripciones, con las que se amasan nuestras teorías, nuestras ideologías,

prejuicios y filiaciones transferenciales. Decimos *filiaciones transferenciales* para indicar que nuestras asociaciones psicoanalíticas se caracterizan por un perfil endogámico, de carácter incestuoso, que está en la base de las múltiples transferencias que se producen en su seno (Casas, 2002). Resulta útil comprender nuestras asociaciones psicoanalíticas al modo de un *prisma transferencial*⁶ en el que se producen los procesos de subjetivación de los grupos de formación y de cada analista singular. Es un interjuego que se produce en los aspectos más amplios del funcionamiento inconsciente, así como preconscious-consciente del analista, eso que Luisa De Urtubey (1994) define como lo latente de la contratransferencia, con un carácter inconsciente en sentido dinámico.

La praxis psicoanalítica concebida como un sistema institucional en contextos sociohistóricos determinados constituye un dispositivo, un conjunto de relaciones en las que se juega la implicación del analista en el encuadre y que hace a la significación del encuadre por el analista. Tal vez uno de los ejemplos más significativos lo constituya la experiencia de Freud con Dora, desde la propia construcción de la demanda como punto de partida del pedido del padre, como sus dificultades para advertir la importancia de la corriente homosexual en Dora, tal como consigna el propio Freud (1992a) en el epílogo y que motivará que Lacan aludiera a los prejuicios en Freud (Lacan, 1951).

Ciertamente, en los procesos de subjetivación de su formación cada psicoanalista singular construye su propio esquema referencial a partir de su análisis personal, de su aprendizaje de las teorías, de su experiencia clínica, de su trabajo en supervisiones, en el contexto del prisma transferencial que constituye toda asociación psicoanalítica. Estos esquemas referenciales constituyen instituidos que, al modo de una caja de herramientas, habilitan

6 Feliz expresión de Marcos Lijtenstein al decir de Luz Porras de Rodríguez (1992) en *¿Incomoda el inconsciente?*

el trabajo psíquico, la escucha de cada analista. Subrayar lo institucional en el encuadre nos lleva también a señalar la importancia de advertir los *impasses* operantes en nuestro posicionamiento analítico, las resistencias inconscientes que se oponen al proceso analítico y los atravesamientos que operan de manera latente en relación a lo prescripto y lo proscripto, a las influencias ideológicas y afectivas, a los prejuicios que operan a modo de instituidos, en su condición de obstáculo, en nuestra escucha. La posibilidad asintótica de la necesaria deconstrucción subjetiva en nuestra atención *desparejamente* flotante se juega en el análisis de nuestra implicación institucional en el campo transferencial a efectos de disponer de una escucha más abierta al inconsciente propio y, por lo tanto, del otro.

§

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACHARD, L. P., PEREDA, A, CASAS DE PEREDA, M., PLA, C., VIÑAR, M. y ULRIKSEN DE VIÑAR, M. (1968). Crisis social y situación analítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 10(3/4), 231-239.
- ALIZADE, M. (2002). El rigor y el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 13-16.
- BARANGER, M. y BARANGER, W. (1961-1962). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1), 3-54. www.apuruguay.org/apurevista/1960/1688724719611962040101.pdf
- BARANGER, M., BARANGER, W. y MOM, J. (2002). Proceso y no-proceso en el trabajo analítico. *Revista Federación Psicoanalítica de América Latina*, 114-131. www.fepal.org/images/2002REVISTA/espanol/baranger_mom.pdf

- BLEGER, J. (1967). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En *Simbiosis y ambigüedad* (pp. 237-250). Paidós.
- BLEGER, J. (1969). Teoría y práctica en psicoanálisis: la práctica psicoanalítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 11(3/4), 287-303.
www.apuruguay.org/apurevista/1960/16887247196911030405.pdf
- BLEGER, J. (2007). *Psicohigiene y psicología institucional*. Paidós.
- CASAS, M. (2002). *Reflexiones sobre la frecuencia de sesiones en la práctica analítica* [ponencia]. XXIV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, FEPAL. www.fepal.org/images/congreso2002/precongreso/casas_de_pereda_m_reflexiones_s.pdf
- DE URTUBEY, L. (1994). Sobre el trabajo de contra-transferencia. *Revista de psicoanálisis*, 51(4), 719-727.
- DE URTUBEY, L. (1999). El encuadre y sus elementos. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 49-67. www.apuruguay.org/apurevista/1990/1688724719998904.pdf
- DONNET, J. (1999). El diván bien atemperado. *Revista de Psicoanálisis de Madrid*, 31.
- ETCHEGOYEN, R. H. (1997). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Amorrortu.
- FERNÁNDEZ, A. (2010). El método y la consulta terapéutica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 161-173. www.apuruguay.org/apurevista/congresos/2010/Fernandez_Abel_2041100_3.pdf
- FREUD, S. (1982a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico (1912). En *Obras completas* (vol. XII, pp. 107-120). Amorrortu.
- FREUD, S. (1982b). Pulsiones y destinos de pulsión (1915). En *Obras completas* (vol. XIV, pp. 105-134). Amorrortu.
- FREUD, S. (1992a). Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905 [1901]). En *Obras completas* (vol. VII, pp. 1-108). Amorrortu.
- FREUD, S. (1992b). Psicología de las masas y análisis del yo (1921). En *Obras completas* (vol. XVIII, pp. 63-136). Amorrortu.

- LACAN, J. (1951). Intervención sobre la transferencia. En *Escritos 1* (pp. 204-219). Siglo XXI.
- LACAN, J. (1960-1961). Crítica de la contratransferencia. En *El Seminario 8: La transferencia* (pp. 209-225). Paidós.
- NEYRAUT, M. (1976). Contratransferencia y pensamiento psicoanalítico. En *La transferencia* (pp. 11-55). Corregidor.
- PICHON-RIVIÈRE, E. (1971). *Del psicoanálisis a la psicología social*. Nueva Visión.
- PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (1992). ¿Incomoda el inconsciente? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 76, 171-177. www.apuruguay.org/apurevista/1990/1688724719927617.pdf
- PUGET, J. W. y WENDERS, L. (1982). Analista y paciente en mundos superpuestos. *Psicoanálisis*, 4(3).
- RACKER, H. (1955). Aportación al problema de la contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 12(4), 481-499.
- SCHROEDER, D. (2006). Subjetividad y psicoanálisis. La implicación del psicoanalista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 103, 40-58. www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201512112.pdf
- SCHROEDER, D. (2010). Repensando el encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 110, 144-160. www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201512112.pdf
- SCHROEDER, D. (2015). La implicación del psicoanalista en la praxis contemporánea. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 121, 152-172. www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201512112.pdf
- SCHROEDER, D., FRANCIA, P., GÓMEZ, M., LÓPEZ, A. y PONCE DE LEÓN, E. (2011). El concepto de encuadre en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (1956-2010) y en la biblioteca de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 111, 203-227.
- SCHVARSTEIN, L. (1991). *Psicología social de las organizaciones. Nuevos aportes*. Paidós.

- URRIBARRI, F. (2008). André Green: la representación y lo irrepresentable en la práctica contemporánea. Dialogando con Fernando Urribari. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 106, 110-119.
- VIÑAR, M. (2002). Sobre encuadre y proceso psicoanalítico en la actualidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 24-30. www.apuruguay.org/apurevista/2000/1688724720029604.pdf
- VIÑAR, M. (2020). Pensando con Freud en el siglo XXI: Yo y el Otro en la formación analítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 130/131, 68-75.
- WINNICOTT, D. (1971). *Realidad y juego*. Gedisa.
- WINNICOTT, D. (2014). Aspectos metapsicológicos y clínicos de la regresión dentro del marco psicoanalítico. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (pp. 371-390). Paidós.

